

Yukio Mishima

Música



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Ongaku*
Traducción de Sanako Isisu

Primera edición en 2010
Segunda edición: 2012
Tercera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © The Heirs of Yukio Mishima, 1964. All rights reserved
© de la traducción: Sanako Isisu
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-0906-5
Depósito legal: M. 23.786-2012
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Prefacio del editor
13	Capítulo 1
16	Capítulo 2
22	Capítulo 3
26	Capítulo 4
30	Capítulo 5
37	Capítulo 6
42	Capítulo 7
48	Capítulo 8
54	Capítulo 9
58	Capítulo 10
61	Capítulo 11
65	Capítulo 12
73	Capítulo 13
79	Capítulo 14
88	Capítulo 15
97	Capítulo 16
102	Capítulo 17
110	Capítulo 18
121	Capítulo 19
125	Capítulo 20
131	Capítulo 21

138	Capítulo 22
144	Capítulo 23
149	Capítulo 24
155	Capítulo 25
158	Capítulo 26
166	Capítulo 27
170	Capítulo 28
175	Capítulo 29
180	Capítulo 30
187	Capítulo 31
190	Capítulo 32
193	Capítulo 33
196	Capítulo 34
200	Capítulo 35
202	Capítulo 36
209	Capítulo 37
216	Capítulo 38
224	Capítulo 39
227	Capítulo 40
231	Capítulo 41
235	Capítulo 42
241	Capítulo 43
254	Capítulo 44

Prefacio del editor

Éste es el informe del doctor Kazunori Shiomi sobre un caso concreto de frigidez femenina. El trabajo se ha titulado *Música* y recoge toda una serie de anotaciones curiosas donde se unen, por un lado, la reflexión humana y serena del hombre y, por el otro, su investigación médico-científica.

La memoria se basa en hechos reales, ocultando por ello todos los nombres de quienes protagonizan el caso.

Cuando el borrador llegó a nuestras manos, a pesar de no existir ningún motivo que impidiese su edición, pensamos en la advertencia obligada para el público, ya que nos pareció parte de nuestro deber recalcar dos puntos de vital importancia para el lector. A estos puntos nos referiremos a continuación.

Una de nuestras dos preocupaciones, por así decirlo, va destinada al público femenino, que puede llegar

a criticar, por tratarse en todo momento de un informe científico, el trato que recibe la sexualidad femenina, duro y sin miramientos.

Si se tratase de una obra literaria, el sexo se hubiera tratado de otra forma, como un objeto envuelto en un hermoso velo. Ese estilo, sin duda, hubiese estimulado la imaginación de los lectores; sin embargo, este trabajo carece de atenciones de ese tipo, y si en algún momento el doctor Shiomi utiliza cualquier tipo de simbología más o menos atractiva o sugerente, siempre es porque su paciente así lo ha querido a través de la lógica de su relato médico.

Nuestra segunda preocupación hace referencia a la posible crítica o valoración de la memoria, por ello deseáramos una visión madura y coherente que no permita definirla como «disparate».

Hay que tener en cuenta que la protagonista-paciente no es una mujer normal, de sexualidad corriente y sensata.

Ante todo, debemos respetar estos hechos reales y dejar que ellos mismos nos conduzcan a la inmensidad del mundo de los sentidos humanos. Y aunque la lectura de dicho caso no nos resulte siempre agradable, hay que tener en cuenta que nos puede ocurrir lo mismo a cualquiera de nosotros, y sobre todo a ustedes, queridas lectoras.

Música

Una interpretación psicoanalítica
de un caso de frigidez femenina

Capítulo 1

Desde que abrí una clínica en el cuarto piso de un edificio de Hibiya ya han pasado cinco años. ¡El tiempo pasa muy rápido!

En un principio la profesión de psicoanalista era desconocida para todo el mundo, pero, poco a poco, la gente se ha ido acostumbrando a ella, y mi negocio ya empieza a funcionar. Así, ya puedo pagar el caro alquiler del centro de la ciudad. Desde luego que no se puede comparar el éxito del psicoanálisis en América con el del Japón, pero para mí es sumamente grato el disfrutar de los avances en este campo.

Lo primero que hice al abrir la clínica fue crear un ambiente que invitase a cualquier persona a entrar fácilmente y a contar su historia personal, a mí me parece que esta familiaridad fue la clave del éxito. No resulta nada extraño que las secretarías o los oficinistas me visiten improvisadamente después del trabajo,

como si de mostrar las rayas de la mano se tratase. A decir verdad, resulta difícil ocultar cualquier conflicto que surja de lo más íntimo del alma. La sociedad del progreso está estructurada de manera tal que los individuos no son más que las piezas dentadas de un enorme engranaje, por ello es lógico que mis pacientes aumenten de manera proporcionada a tal estructura organizativa. Los japoneses, a diferencia de los americanos, no sufren conflictos interiores por causa de una severa conciencia puritana, pero sí muestran sus neurosis provocadas por el particular sistema de vida en las ciudades.

Como ya he dicho antes, entre mis pacientes hay empleados y secretarías, pero también personajes de *night-club*, personas ricas y trabajadoras, productores de televisión, jugadores profesionales de béisbol y, en la práctica, gente de todas las profesiones más modernas.

Ninguna de las profesiones de vanguardia queda excluida de mi negocio. Hay personas que llegan hasta mí por recomendación de otro paciente u otro médico que conoce mis métodos, pero también hay quien viene sin contactos previos.

Afortunadamente, los trastornos psicológicos han dejado de tratarse en los manicomios y ya nadie habla de vergüenza o deshonra al referirse a cualquiera de estos casos. Desde luego que es distinto que acudir al dentista, porque aún la mayoría de mis pacientes temen las miradas de la gente y llegan a mí aturcidos y ruborizados. Sin embargo, hay un punto que acapara

toda mi atención y que me preocupa notablemente. Se trata de casos de chicas jóvenes que acuden a mí para satisfacer su exhibicionismo mental, confesando inútilmente todo tipo de manías.

Yo les cobro, naturalmente, los honorarios establecidos. También esto forma parte de la terapia psicoanalítica, ajustando la mente con la economía. Tal y como me decía mi amigo y colega, el doctor E., el cliente debe pagar en mano y en efectivo, sin aceptar crédito alguno por nuestra parte, el importe de la visita al darse ésta por concluida.

Durante estos cinco años, entre mis múltiples y numerosas visitas hay una sumamente interesante, la de Reiko Yumikawa. Ella llegó hasta mí con un terrible problema, desconcertándome acerca del misterio del cuerpo y la mente humana. Como psicoanalista he tratado casos parecidos y creía estar familiarizado con ellos y no ser capaz de sorprenderme ya por nada. Sin embargo, cuanto más investigo en este trabajo, más me doy cuenta de que el mundo de la sexualidad humana es infinito y complejo. En el sexo no existe una única felicidad. Quiero que los lectores recuerden bien este último punto.

Capítulo 2

Mi clínica dispone de tres salas de análisis y consulta, cerradas y perfectamente insonorizadas, con una instalación total y precisa. Decidimos, al tratar de su decoración, no colocar ni cuadros ni floreros que pudieran atraer la atención de mis pacientes y estorbarlos al realizar la asociación de ideas naturales. Nunca se les puede bombardear con estimulaciones innecesarias.

Por el contrario, y por lo que se refiere a la sala de espera, siempre hemos procurado que no falten las flores en sus mesitas y que el revistero disponga de revistas gráficas de oriente y occidente. Fue sumamente importante coordinar y preocuparse de la armonía de los colores entre las paredes y los sillones. Desde el principio, planeamos también que tuviera unas ventanas amplias para lograr, de esta forma, un ambiente lo más agradable posible.

Un día colocamos unos crisantemos amarillos preciosos en el florero, un paciente se enfureció por haber esperado demasiado tiempo para su visita, y se los acabó comiendo. De todos modos, éste fue un caso especial y una excepción entre las excepcionalidades.

Recuerdo otro bello crisantemo. La mañana que Reiko Yumikawa me visitó por primera vez debió de ser una de aquellas mañanas de cielo despejado. Creo acordarme de que aquel día también había unos preciosos crisantemos en el jarrón.

Esa visita estaba concertada desde el día anterior, a través de una llamada telefónica. Ella fue el primer paciente de la jornada. La impresión que me causó aquella voz a través del hilo telefónico fue normal, una voz baja y húmeda, agradable, aunque observé un poco de inquietud en su forma de expresarse. Un viejo amigo mío, médico de un hospital de la ciudad, le había recomendado mi clínica. A mí me pareció que el caso no presentaría complicación alguna y que aquella mujer no sería problemática en ningún sentido.

Aquella mañana, cuando llegué a la consulta, recibí un saludo de mi ayudante Kadame y también de la enfermera Yamauchi. A continuación me cambié de ropa y me vestí con mi habitual bata blanca, hasta que llegó la hora de la visita de Reiko Yumikawa.

Llegó siete minutos tarde; llevaba un bonito abrigo de color rojo. En el hecho de haber escogido un color fuerte, que llamase la atención, ya se escondía alguna razón psicológica. Lo que me sorprendió desde aquel primer encuentro fue la belleza de Reiko, con sus 24 o

25 años y su maquillaje discreto. La razón de tal discreción pensé que podría ser la confianza en su belleza natural, en su rostro, en sus facciones perfectas frente a las cuales uno no puede permanecer indiferente. La forma de la nariz, sin ser demasiado acusada, convertía en delicioso su perfil. En fin, decidí otorgarle el honor de definirla como de un moderado encanto. Sus labios eran carnosos; la forma de su barbilla, delicada y de apariencia frágil. Sus ojos, limpios. Sus movimientos y su manera de dirigirse a un lado y a otro no presentaban un solo síntoma de anormalidad. Sin embargo, cuando salí a buscarla, la saludé y la recibí, ella intentó mantener una leve sonrisa en sus labios. Fue entonces cuando un tic se asomó a sus mejillas. Yo fingí no haberme dado cuenta de la convulsión que había mostrado su rostro, sin duda alguna síntoma de su histerismo.

Después de un tic, llegó otro y aun otro por tercera vez, como olas del mar, pequeñas y rizadas.

No tardé mucho en percibir la confusión interior de Reiko. Pensé que podría engañarla, claro está, en sentido profesional, pero, sin embargo, ella se dio perfecta cuenta de mis estrategias y mis intenciones. Quizá sea una falta de seriedad por mi parte decir que se trataba de una «zorra» muy bella. Me pareció extraño verla en la sala de espera, una sala moderna, desde donde pueden distinguirse, a través de su ventana, edificios de oficinas, hoteles, teatros, etc. En una tarde como la de hoy, clara y otoñal, me sorprende aquel recuerdo como si se tratara de una rara ilusión de mi memoria.

Tras la primera impresión, la invité a entrar en la sala de análisis. Allí le expliqué bien que no había la más remota posibilidad de que alguien pudiera vernos o escucharnos y le rogué que se sentara en el sillón de los pacientes, mientras yo sostenía entre mis manos el mando regulador de dicho sillón.

Me senté en mi silla con despreocupación, con un cuaderno delante de mí y encima de mi escritorio, intentando que ella no captase la importancia de dicho elemento en mi labor. A partir de aquel momento ella empezó a hablar de su situación con voz agradable:

–Más o menos desde este verano empecé a perder el apetito. Primero pensé que era natural, debido al calor, pero poco después aparecieron las náuseas. Náuseas que terminaron por preocuparme, ya que se repetían constantemente, convirtiéndose en algo muy incómodo para mí. Fui a la farmacia en busca de una solución y me dieron un medicamento para el estómago. Lo tomé durante un tiempo sin percibir mejora alguna. Muy pronto empecé a preocuparme...

Reiko humedeció su labio superior con la punta de la lengua y vaciló al hablar.

–... lo que me preocupaba realmente era un posible embarazo.

–Es decir, ¿tenía motivos para suponerlo? –le pregunté.

Ella me respondió que sí. En su respuesta pude leer audacia y orgullo, al igual que en sus palabras siguientes.

–Sobre este tema desearía proceder de forma ordenada. Nos referiremos a él más tarde. Bien, entonces

fui al médico. Éste me dijo que no tenía síntomas de embarazo y me mandó a un médico internista, el doctor R. Allí me hicieron varios análisis, pero sin resultados positivos, no encontraron nada. Finalmente, según todo lo que pudieron observar decidieron enviarme a usted.

A continuación Reiko me habló de su familia y de su historia personal, aunque yo me mantuve sin preguntar, dejándola a su aire. Me contó que su familia era una de las más ricas de Kofú*. Su casa era antigua y distinguida, y había pertenecido a diecisiete generaciones anteriores hasta llegar a manos de su padre.

Cuando Reiko se graduó en el colegio femenino de la ciudad, su ardiente deseo de saber la condujo a la Universidad de Tokio, también sólo para personas del sexo femenino, e inició su vida en la residencia de dicha universidad. Una vez finalizados los cursos, estaba obligada a regresar a su ciudad, pero se negó a ello con firmeza debido a su compromiso de matrimonio con su primo hermano, quien le desagradaba profundamente. Reiko logró convencer a su padre para que le permitiera no regresar aún, con la excusa de necesitar un poco más de experiencia social, y entró a trabajar, como oficinista, en una empresa de comercio exterior de primera línea.

Desde entonces han pasado ya dos años, pero aun así, si decide volver a casa, le esperan una boda y un com-

* Kofú: capital de Yamanashi-ken, cerca del monte Fuji, al oeste de Tokio.

promiso en toda regla; por ello sigue prolongando con multitud de excusas su permanencia en el apartamento, y su vida libre y caprichosa. Su padre es, sin ninguna duda, un hombre blando que sigue enviando a su hija el dinero suficiente para satisfacer su actual situación, regañándola con simples palabras.

Las circunstancias de Reiko son envidiables y nadie podría pedir más. Su sueldo está destinado únicamente a sus propios caprichos. Nunca envía dinero a sus padres, sino al contrario, tal y como he mencionado con anterioridad. Supongo que su padre no puede abandonar la idea de que si ella mantiene una vida rica, es difícil que tome caminos socialmente erróneos.

Ahora bien, desde el otoño Reiko empezó con sus tics, además de manifestar otros síntomas como náuseas o anorexias.

—Es muy extraño, parece como si mi cara —continuó aquel día— adquiriera vida por sí sola, abandonando al resto de mi cuerpo.

Ésta fue una hábil expresión psíquica y una sobrada demostración de su inteligencia. Mientras hablaba asomaron diversos tics por su mejilla. Ella intentó manifestar hacia ellos una cierta resistencia con una sonrisa, como si me guiñara maliciosamente el ojo. La intensidad de un tic está en función del intento de oponerse a él. La voluntad histérica actúa de forma contraria a las intenciones. Al llegar a aquel punto, Reiko empezó a formular una pregunta que llamó mi atención:

—Doctor, ¿por qué no puedo oír la música?

Capítulo 3

Le rogué que me explicara con claridad lo que le pasaba. Me dijo lo siguiente:

–Por ejemplo, si escucho un programa dramático en la radio, entiendo y oigo perfectamente la parte dialogada, pero la música de fondo desaparece, como si el sol, de repente, escondiera las nubes.

–¿Y qué sucede en los programas íntegramente musicales? –le pregunté.

–Pues que me ilusiono y pienso «ahora empieza la música», aumento el volumen del aparato y finalmente no consigo oírla. Cuando vuelve a intervenir el locutor, escucho la voz con normalidad –continuó ella.

El solo hecho de pensar en la música la hacía desaparecer. El concepto de la música anulaba en ella a la música misma.

Pensé que podía tratarse de un delirio, pero de una forma y manifestación tan extrañas que debía probarse

y analizarse. Así que decidí hacerlo inmediatamente. Le pedí a mi enfermera que trajera un transistor y empecé a seleccionar las emisoras. Una de ellas radiaba una serie de cursos de inglés, que Reiko oía perfectamente. Continué dando vueltas al botón hasta localizar una emisión de música muy ruidosa, similar a la latinoamericana. Los ojos de Reiko reflejaron desorientación y una extraña ansiedad. Algo parecido a la sensación de encontrarse dentro de un automóvil en un gran atasco.

Hice todo cuanto pude por interpretar la expresión de aquellos ojos. Imaginé que en algún instante había escuchado algo y que en su interior reinaba la duda: «¿Qué hago?», «¿digo que la oigo?», «¿finjo no oír-la?».

De forma casi inmediata obtuve una respuesta. Reiko me dijo que no había oído nada. De repente, su rostro se quedó sin vida y sus ojos se convirtieron en un par de elementos abiertos, en vano, hacia el silencio. Poco a poco fueron surgiendo algunas lágrimas, sus límpidas pupilas parecían vacilar...

Pensé que si no podía ser aquel mismo día, en la próxima visita iniciaríamos la terapia basada en la asociación de ideas libres. Lo mejor era preguntárselo directamente a ella, sin permitir ningún sentimiento de hostilidad hacia el psicoanalista, sentimiento posible dada su inestabilidad emocional. El doctor F., adicto a esta terapia y con tendencias a aplicarla en todos los casos, una vez obtuvo inmejorables resultados utilizándolos de forma contraria.

–A propósito de estar embarazada, ¿continúa manteniendo relaciones con él?

–Sí.

Al contrario de lo que me esperaba, me respondió claramente, como si mi pregunta la hubiera tranquilizado.

–Cuando entré a trabajar en la empresa, él era casi un niño. Trabajaba en mi mismo departamento y era el punto de atención de todo el público femenino. Por ello yo sentía una gran antipatía hacia él.

Reiko abrió su monedero y sacó una fotografía que guardaba detrás de su abono ferroviario.

–Éste es –me dijo.

Pude ver a un joven en camiseta y pantalón corto que sonreía sosteniendo un remo en una mano, parecía un miembro de cualquier club de universidad. Me dijo que había formado parte del club de remo como estudiante de la Universidad T. Era un hombre guapo, fuerte, alto y con una interesante expresión en su rostro. Tenía todas las cualidades requeridas por el sexo femenino.

–Esta foto pertenece a su época estudiantil; aquí aún aparece con su aire de estudiante y goza de buena reputación en la oficina –me explicó, acercándose para mirar junto a mí la fotografía.

–¡Caramba! –respondí casi a propósito.

Del resto de su historia entendí que Reiko, a los pocos meses de haber entrado a trabajar en la empresa, se había dado cuenta de la situación. Naturalmente, fue considerada como la rival de las demás empleadas,

porque Ryuichi Egami, el muchacho de la foto, era el ídolo en el trabajo, aunque nadie le había robado aún el corazón. Reiko se mostraba fría ante él y él tampoco había mostrado ningún interés hacia ella. Entre las chicas se había formado una relación amistosa y pactaron la «no agresión» hacia el muchacho.

Una relación como aquélla, en la cual se finge poco interés, pero que se controla desde lejos, no hace más que aumentar el deseo de cada uno. Reiko, voluntariamente o no, acabó enamorándose de él sin apenas darse cuenta.